

BROTAT

No puede pasarse en silencio una exposición de Brotat, aunque aquel presida sus telas con una profundidad lacerante. Tenemos ante nosotros el pintor del silencio. Rouault, recientemente fallecido, era el pintor del «dolor». Brotat es el pintor del «silencio». Sus verdes cinabrios dan un tono de calma profunda a sus obras. Su austera forma románica les da silencio y meditación, convirtiendo a sus figuras en unidades humanas introvertidas.

Toda la obra de Brotat se halla presidida por el atavismo. Yerra quién cree hallarse ante un pintor primitivo. Expondremos las razones que creemos lógicas, y en las cuales asentamos esta afirmación. El pintor primitivo, o representa una fuerza dirigida hacia una dinámica en arte, la cual equivale a un asentamiento definitivo de normas, redundando en una primogenia clásica, o bien representa una postura de intersección en un periodo de movimientos artísticos acelerados hacia la búsqueda de conclusiones del momento. El caso más característico que puede ilustrar esta última postura es el del aduanero Rouseau. Por lo que atañe a la primera nos remontamos ya después de Giotto, a la escuela de Siena y de los primitivos flamencos, italianos y españoles, todos ellos consecuencia del redescubrimiento de la naturaleza y de sus valores individuales, llevado a cabo por el gran pintor italiano. A Brotat, situándole ya rebasada la segunda mitad de nuestro siglo, no le vemos que se identifique con ninguna de estas dos posturas. Brotat, es una unidad silenciosa vuelta hacia lo románico, sus obras son «fuerza yaciente», de la que han carecido siempre los primitivos ya en una u otra postura. El primitivo se nos presenta obsesionado por el detalle, por la pureza de la representación natural. Brotat tiene una obsesión: la quietud de sus obras, y el significado del detalle en las mismas. Todo ello redundando en el silencio más absoluto de los ojos de sus figuras y en la paz más trágica de sus gestos. Brotat pues dentro de su apariencia de primitivo, esconde el problema ingente del hombre como esencia y estructura, y del silencio como base y justificación del mismo.

La parte física de sus obras, la materialización con la que juega para sus creaciones, es un símbolo de aus-

teridad y de representación. Sus delgadas capas de color son una continuación de la técnica de retablo. El artista presenta también en esta ocasión unos tapices junto a una colección de dibujos de los que emana este estatismo al que ha sabido convertir en errantes y a la vez lógicas esquemas de silencio. Su escultura, ejecutada con técnica de cerámica no responde a una necesidad de expresión del artista. No creemos que con la misma Brotat obtenga una justificación más amplia de lo que ha logrado ya en pinturas. Las mismas tienen una gracia ágil pero están en contraposición con el hondo significado de sus pinturas. Este alcanzar el silencio trasladado de su virginidad a la tela, es una expresión única para dejar al más exigente catador de la sinceridad como disciplina artística, completamente satisfecho. Aparte de sus telas todas sus otras facetas no son más que esto, facetas, girando alrededor de la exacta definición de su íntima necesidad expresiva. Brotat, este temperamento fiel a una línea y a una postura es un hombre sincero, un artista al que nunca encontraremos negándose o contradiciéndose, ya que su dinámica creadora es estática, y la razón de su estética la encontramos en esta invencible prolongación de su obra, no importándole nada ni nadie, sino la conclusión de este ciclo, propuesto en un estro íntimo por esta casi diríamos sutileza mística.

Luis Bosch C.

PUNTOS DE VISTA

ASOMADO
AL BALCON

Contemplar el movimiento de la calle en una aldea no es como asomarse a una tribuna de la calle Muntaner. Esto lo sabe cualquiera que conozca ambos ambientes. En la ciudad el ajetreo anula la individualidad a no ser que el individuo sea muy extravagante. En la aldea las gentes recorren la calle de uno en uno y con intervalos más que suficientes para permitirnos calar hondo en las circunstancias presentes y pretéritas del transeunte.

Hoy, aprovechando el buen tiempo, me he asomado un momento al balcón. Discretamente, para que los curiosos no curiosen mi curiosidad. Siempre que me asomo al balcón lo hago discretamente. Quiero observar con toda su naturalidad el movimiento

CALIDO

de la calle, sin las molestas presiones que en él ocasionaría mi presencia visible.

Al asomarme he visto a la Juana «Lagarto», apodo familiar que se pierde en la noche de los tiempos sin explicación histórica. Con un canasto de ropa sucia bajo el brazo y en la otra mano jabón y azulete iba hacia el Lavadero Municipal a limpiar la muda y a cotorrear con la concurrencia.

La Juani levanta en mi mente un mundo de recuerdos. Ella fué la que me enseñó a bailar cuando yo — estudiante de quince años — decidí hacerme un hombre por los caminos del «Continental» «La Cucaracha» y el pasodoble «Rocío». Por esta ayuda ella se construyó una novela de amor, rosa y verde, en la que yo era un príncipe «bleu» de cartera forrada que la libraba de las estrecheces familiares del clan «Lagarto». Ella tenía, y tiene, cinco años más que yo, pero éso son nimiedades. Pobre del que analiza estos y otros detalles; nunca soñará.

Con los años sentó la cabeza y contrajo matrimoniales nupcias con un chico buen chico del vecindario. El número de chicos buenos chicos en la aldea es algo fenomenal.

Un chico que trabaja como un burro y que, cuando ella habla — tiene la Juani lengua desustanciada y con motor — la escucha talmente como una persona culta se extasia con las charlas de García Sanchiz.

Se asegura que ella come plátanos y jamón a la hora del almuerzo mientras que él, en el campo ha de contentarse con patatas, bacalao, pan seco y agua clara de mina. Algo habrá de esto cuando es cierto que Ramoncho — así se llama el «Lagarto» — entra algunas veces en casa de una hermana suya a comer de lo que aquella tiene y le dá; y más veracidad tendrá el rumor que recojo cuando esta absolutamente probado que un día la citada hermana abroncó a la cuñada en la mismísima calle Mayor al encontrarla con un litro de tinto recién comprado, no sin justificar la bronca en su positiva creencia de que Ramoncho, al vino, no le ve más que las veces en que